

De la autora de *En los zapatos de Valeria*

ELÍSA BET BENAVENT

*La
magia
de ser
Sofía*

¡TE VAS A
ENAMORAR!

@Botatloqueta

Sofía tiene tres amores: su gata *Holly*, los libros y El café de Alejandría.

Sofía trabaja allí como camarera y es feliz.

Sofía no tiene pareja y tampoco la busca, aunque desearía encontrar la magia.

Sofía experimenta un chispazo cuando él cruza por primera vez la puerta.

Él aparece por casualidad guiado por el aroma de las partículas de café... o tal vez por el destino.

Él se llama Héctor y está a punto de descubrir donde reside la magia.

Después del éxito arrollador de sus anteriores libros, Elisabet Benavent, también conocida como @BetaCoqueta, regresa con *La magia de ser Sofía*, la primera parte de una biología que nos cuenta, con frescura y humor, lo que sucede cuando dos personas cargadas por el peso de las circunstancias se encuentran y descubren que la magia solo existe cuando se miran a los ojos.

*Para José.
Gracias por estar siempre a mi lado. Por ser quien
eres.
Por embarcarte junto a mí en cualquier aventura.*

1

La vuelta

Mamá salió corriendo de casa dejando tras de sí un montón de puertas abiertas y un reguero de grititos de alegría que alertaron a los demás de que ya estaba allí. No había duda... era ese tipo de alegría que solo derrochas con la vuelta de un hijo.

Dejé la bolsa de viaje y la maleta a un lado y abrí los brazos. Mamá parecía más pequeña que nunca cuando la estreché. En mis recuerdos infantiles era una mujerona pero fue empequeñeciendo a medida que yo crecía. O quizá solo es que cambió mi punto de vista.

Al separarse de mi pecho se concentró en mirarme de arriba abajo, como en un examen médico.

—Estás más gordo —musitó—. Así mejor.

—¿Estás más gordo?! ¡Por fin voy a dejar de ser el hermano feo!

Mi hermano Sebas salió riéndose, con su voluminosa panza poniendo a prueba la elasticidad de su jersey y se abalanzó sobre mí para abrazarme, darme un puñetazo, levantarme del suelo e insultarme una, dos, tres veces... Todo a la vez.

—¿Gordo, mamá? Si él está gordo yo estoy listo para la matanza.

—No me tientes, Sebas, no me tientes —lo amenazó.

Mi padre había sido el tío más guapo de su quinta, nos había dicho muchas veces mi madre, pero con el tiempo se convirtió en el tío más grande de su quinta. Mi madre, una mujerona de armas tomar. Mi hermano y yo teníamos dentro más genes tendentes al sobrepeso que el resto de la población española; la diferencia entre nosotros radicaba en que él se había dejado llevar por la naturaleza y yo me resistía, cuidándome para en el futuro ser un fofisano de los que de pronto gustaban a las chicas. Cuando se lo comentaba a Lucía esta solía fruncir el ceño.

—A mí me gusta el Gerard Butler de 300, no un Gerard Butler de 300 kilos.

Yo me reía... pero me reía mientras cenaba brócoli hervido y un melocotón, como ella. No había tenido abdominales en mi vida, pero era consciente de que tenía un cuerpo..., uhm..., ¿cómo decirlo? Masculino. Fibroso. ¿Fornido? Bueno. Soy alto, siempre he tenido un pectoral definido y unos brazos firmes. A ella le gusté siempre, cuando era un adolescente desgarrado y cuando me transformé en un hombre robusto. Nos cuidábamos más por ella que por mí, pero ahora que estaba en Cáceres... a tomar por el culo la dieta.

—¿En serio estoy más gordo? —Me miré—. Pues me pienso poner tibio a queso y perrunillas.

—Estás mejor ahora, te habías quedado asqueroso.

—Amor de madre —sentenció con un suspiro mientras miraba a mi hermano.

Mi madre había comprado una torta del casar y la casa me recibió oliendo... a muerto, porque seamos sinceros, está buenísima pero huele a algo en descomposición. Mi hermano no perdió tiempo y se coló en la cocina para meterle mano, armado con churruscos de pan; yo tenía la intención de hacer lo mismo pero acababa de llegar y... saludar mientras masticaba pan con queso... como que no.

Mis sobrinos fueron pasando en rueda de reconocimiento por mis brazos. El mayor, Eduardo, estaba irreconoci-

ble... bigotillo de adolescente incluido.

—¡Sebas! —le grité a su padre—. ¡Dale una cuchilla a este crío, por el amor de Dios, que tiene más bigote que mamá!

Me gané una colleja con la mano abierta, bien merecida, lo admito. La familia de mi madre siempre fue tendente al vello facial...

Sonia, otra de mis sobrinas, también había crecido mucho, pero para convertirse en una princesita tímida a la que le daba corte acercarse a darme un beso.

—¿No te acuerdas de tu tío?

—Sí —dijo con la boquita pequeña—. Pero me da vergüenza.

Claro que se acordaba de mí. Teníamos una especie de adoración mutua, como si ella fuera la niña de mis ojos y yo su primer amor platónico. La cogí en volandas y la cubrí de besos.

—Te traje una muñeca de esas que te gustan pero no se lo digas a tu hermana, que a ella le traje chocolate.

La vergüenza se le pasó después de cuatro arrumacos.

Los pequeños mareaban a mi padre en el patio interior. Papá había sido fiero... de esos padres a los que te da un miedo atroz enfrentarte al llegar con un suspenso en las notas. Pero..., azares del destino, se había convertido en un abuelo huevón que se dejaba hacer chichinas por sus nietos. En aquel momento tenía a Estefanía, la pequeña, agarrada de una pierna y a su hermano Guillermo, en la otra. Hacía un frío de narices, pero allí estaban ellos, jugando al raso.

—¡Corre, yayo, corre!

—Eso, corre, yayo —repetí.

Los enanos corrieron en busca de la cantidad ingente de chocolate que solía traer cuando venía de visita y mi padre me preguntó si en Suiza no vendían maquinillas de afeitarse, porque nunca le han gustado las barbas.

—Claro que sí. Tendrías que ver lo suavitas que tengo las pelotas.

Me libré de otra colleja porque fui rápido.

Después de que mi madre estudiara el equipaje para hacerse con los *suvenires* (queso y chocolate pagados a precio de oro, como todo en Ginebra), nos sentamos en la mesa de la cocina.

—¿La niña no ha venido? —preguntó mi madre de soslayo.

La niña..., muchos pensarán que era un sobrenombre cariñoso y bueno, en cierta medida es verdad pero... escondía muchas connotaciones detrás de sus seis letras. Sé que todos la querían, pero acepto que siempre tuvo un carácter un poco especial, muy celosa de mi tiempo y de mis atenciones, que solía dejarla en evidencia delante de mi familia.

—No, mamá. Esta vez he venido solo —le aclaré—. Ya te lo dije por teléfono.

—Me dijiste que te quedabas solo, pero pensé que ella vendría contigo para saludar a la familia.

—Tiene mucho trabajo.

—Su madre está que trina. Pero no te preocupes que ya le he dejado bien claro que no es culpa tuya, que tiene una hija más *despegá* que *despegá*.

Hice una mueca que provocó carcajadas en mis sobrinos.

—La yaya es una brujilla...

—¡La yaya es bruja!

Los pequeños entonaron a coro que mi madre era una bruja y yo me gané una mirada que prometía otra colleja para luego.

—Entonces... —empezó a decir con la boca llena mi hermano—, ¿te quedas en el pueblo unos meses?

—No, qué va. Me voy a Madrid a casa de Estela. Aquí Lucía no encontraría trabajo de lo suyo.

—¿Y qué tiene eso que ver contigo?

—Hombre..., digo yo que después de tantos años algo tiene que ver, ¿no?

Mi hermano se encogió de hombros a la vez que acercaba el pan que mi madre había colocado en el lado opuesto de la mesa. «La niña» no era santo de su devoción, supongo.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? —me preguntó.

—El plan es: yo me instalo en Madrid temporalmente y compruebo si va saliendo trabajo de lo mío mientras mantengo los clientes de allí. Si en seis meses veo que la cosa marcha, ella se viene. Tiene la posibilidad de pedir un traslado o... incluso de cambiar a una empresa española.

—Pues muy bien —sentenció mi padre, aunque sonó a *posmubié*.

—¿Y... por qué ahora? No es que no esté encantada de teneros más cerca. Seguro que tu suegra también tiene ganas pero... después de diez años viviendo fuera, con el dinero que gana ella y yéndote bien las cosas...

Miré a mi madre, que me lanzaba una mirada ladina y chasqueé la lengua.

—Vivir tantos años lejos es duro.

—¿Duro? —se burló mi hermano—. Dura es la cara que tienes tú.

—Hemos... —carraspeé—. Hemos pasado una época... mala. Bastante mala. Y una vez superada lo más lógico es buscar otro tipo de estabilidad. Además, Lucía tiene treinta y cuatro años. Si quiere ser madre... es el momento. Y allí el ritmo de vida que llevamos no admite críos.

—Ah. Y venís a casaros aquí —dijo por hecho mi madre.

—No, mamá. Venimos a vivir aquí. No vamos a casarnos.

La discusión que vino después fue la de siempre: yo defendía que no teníamos necesidad de casarnos, que una década de convivencia valía más que un papel firmado y mi madre que éramos dos *dejaos* que se resistían a pasar por el aro «como todos». No sé a qué todos se refería. Obvian-

do este «intercambio de opiniones», nadie hizo demasiados comentarios respecto a la paternidad que nos planteábamos en breve y quizá por culpa de ese silencio la sensación de inquietud que me acompañaba desde que abandoné Ginebra no se me pasó. Había estado todo el vuelo y el posterior viaje hasta el pueblo con un nudo en el estómago porque temía la reacción de mi familia al conocer la noticia. Que Lucía no le caía bien a mi madre (al menos no del todo) no era ningún secreto, pero siempre creímos que ninguna chica podría gustarle. ¿Era eso todo? ¿Que mi novia de toda la vida creara pelusilla en mamá y temiera su reacción? No, claro que no. Eran todas las cosas que habíamos vivido como pareja en el último año lo que me tenían nervioso, no la reacción de mi familia. Casi hubiera preferido que pusieran el grito en el cielo para que alguien diera voz a mi ansiedad y yo pudiera mostrarla sin tapujos. Poder decir: «No lo tengo claro, pero me encuentro entre la espada y la pared porque es esto o nada».

Así lo planteó Lucía y aunque no estuve de acuerdo en los términos... no pude más que aceptar si quería que se solucionara. Durante un tiempo casi me reconfortó ser consciente de la descomposición de lo nuestro porque al menos entendía el porqué de la rabia que de pronto nos teníamos, el desdén y la frialdad con la que nos castigábamos si el otro no hacía lo que uno quería. Nos íbamos a la mierda pero tuvimos que solucionarlo porque Héctor y Lucía no podían ir por libre... eran Héctor y Lucía. Así que lo arreglamos. Con esfuerzo. Porque no había más respuesta que un sí en ese referéndum.

Donde yo esperaba incomprensión, encontré silencio. «Mamá, papá, Sebas... Lucía y yo hemos decidido, tras superar esta crisis, que vamos a tener un hijo». Tenía treinta y cuatro años, un trabajo más o menos estable, una relación de dieciocho años con mi chica... Ser padre no tendría que venirme grande pero entonces... ¿por qué no había desaparecido ese nudo? Me dije a mí mismo que era el vérti-

go, la sensación de encontrar tan extraño lo que había sido tan conocido. Los cambios siempre daban miedo. Había vuelto a España después de diez años viviendo, se podría decir que bien, en Ginebra. Siendo completamente sincero, mudarme a Suiza tampoco me hizo especial ilusión, pero Lucía me convenció de que el futuro que nos esperaba era mucho más prometedor allí. «Si nos quedamos», me decía, «terminaré trabajando en una gestoría, como mi padre y tú dando clases de pintura a un montón de jubilados». Qué graciosa la tía, ella en una oficina y yo enseñando a pintar flores en jarrones chungos.

—Si nos vamos, yo podré trabajar en banca de inversión y tú especializarte en lo que quieras... como en diseño gráfico.

El diseño gráfico no es que me encantara pero parecía tener futuro y los ordenadores se me daban bien, así que... bueno, no sé si ella hubiera acertado en sus predicciones si nos hubiéramos quedado en España, pero sí sé que estuvo en lo cierto en cuanto a Ginebra. Ella ganaba dinero a espuertas y yo... encontré mi camino después de perderme un par de veces. Tuve que aprender francés, relacionarme con un montón de gente que me caía regulín y hacer de Lucía mi mundo entero. Tampoco me sacrificué..., no tenía otro plan que me pareciera prioritario. Así que si conseguí sentir que Suiza era de alguna manera mi casa, podía volver a España, plantar los cojones encima del teclado del ordenador y empezar de nuevo pero esta vez en nuestro hogar.

«Estoy asustado por el cambio», me dije. «No tiene nada que ver con el tema de tener hijos», me repetí a pesar de que siempre pensé que no los tendríamos. Pero nos queríamos. Era... algo normal.

Un ratito antes de cenar, Sebas y yo nos tomamos una cerveza delante de la chimenea que mamá había encendido en mi honor. Los niños no dejaban de atosigarnos, cruzan-

do la habitación corriendo, gritando los típicos «mírame, papá» y «mira lo que hago». Yo estaba encantado, pero él parecía estar a punto de alcanzar el estado opuesto al Nirvana.

—Ve y dile a mamá que vea lo que haces, que es una maravilla —le decía por turnos a sus hijos.

—Mamá me ha dicho que venga a enseñártelo a ti. Mira, papá. Pero ¡mírame! Que no me ves. Mira lo que hago.

—Míralo, Sebas, por favor, míralo —me burlaba bajo mano.

—Ya verás, ya. Estás a punto de saber lo que es ser padre. Y entonces hablaremos —suspiró.

Cuando los niños salieron en tropel hacia la cocina en busca de algo para picar, se volvió hacia mí y con aire serio y un hilo de voz añadió:

—No te líes, Héctor, no te líes. Ser tío es una cosa. Ser padre es otra... Piénsatelo bien.

—¿Qué dices? —le pregunté con una mezcla de miedo y alivio.

—Todo cambia. La cama, la casa, las horas de sueño, la vida, las ganas... Pero sobre todo la cama. Adiós muy buenas. La fierecilla se cansa y se acurruca.

—Eres un pedazo de abono. —Me reí—. No quiero saber nada de eso de mi cuñada.

—No, ahora en serio. Ser padre es la experiencia más increíble de la vida pero... todo cambia.

—Igual porque tienes cuatro, loco de mierda.

—¿Sabes que tienes un acentillo francés así como amaneradito cuando pronuncias algunas palabras? —Me pinchó—. Déjalo, Héctor. Aún te queda mucho por vivir.

—Oye, ¿a qué viene este discurso?

—A que dices que «si Lucía quiere ser madre» es el momento, pero no has dicho nada de si Héctor también lo desea. La última vez que sacamos el tema de los niños me dijiste que si pensabas en ser padre se te ponía del tamaño

de un gusanito. Lucía es una monada, pero te mete un dedo en el culo y te da vueltas.

Mi hermano Sebas había sido siempre más bruto que un arado. Se había abierto la cabeza tres veces en un año por tres sitios diferentes. Se pegaba en el patio del colegio. Dejaba a sus novias con un: «Ya me he cansado» y se declaró a la que ya era su mujer diciendo: «Tú, yo y un rebaño de críos. No tengo ninguno, pero domino la técnica a la perfección». Y debía ser verdad, porque desde que se había casado no había dejado de traer niños al mundo. Pero... debajo de toda esa apariencia ruda, había un tío que se fijaba en las pequeñas cosas, que escarbaba en las palabras hasta encontrar la emoción que las había empujado fuera de los labios. Y a mí me conocía como la palma de su mano.

—No te líes, Héctor. De verdad. Tú no quieres críos.

—No es que no los quiera, es que... —sentencié.

—Es que no los quieres con ESTAS condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Sus condiciones.

—Pues ya es muy tarde para planteárselo. —Me acerqué el botellín de cerveza a la boca.

—No lo es. Tómate estos meses como..., como una prueba de fuego. Vive a tu aire. Vuelve a ilusionarte como un crío, hostia. Cuando hablas siempre parece que estás siguiendo al pie de la letra un plan que nunca fue tuyo.

En eso tenía cierto grado de razón. El cosquilleo de vivir se había ido apagando poco a poco y lo que había quedado era normalidad, es decir, básicamente lo que yo creí que era la vida adulta. No tenía ni idea de lo diferente que iba a ser el camino después de tomar mis propias decisiones.

2

El café de Alejandría

Siempre me gustó ser camarera. A día de hoy sigo acordándome a diario de alguno de los detalles que me hicieron tan feliz. Solía entrar en la cafetería animada, deseando poner en marcha la cafetera para prepararme uno muy largo. Encendía todas las luces, respiraba hondo y sonreía como si estuviera sonando una canción de fondo, la iluminación fuera dorada y preciosa, y una cámara estuviera captando el momento. A veces la barra de El café de Alejandría, la cafetería donde trabajaba, se convertía en el escenario de los Sofía Music Awards, los premios «Sofía» a la mejor interpretación o el Festival de Cine de Sofía. Eso no significaba que no hubiera días en los que entrara pisando fuerte, como un mamut, farfullando que todo olía siempre como a posos del café, a viejo, polvoriento y cerrado y que «no tenía el chichi para farolillos». Pero es que las vidas tienen días buenos y días malos. El cansancio, dormir poco, la mala contestación de un cliente o que una niña de diez años me preguntara qué bebida tiene menos calorías podía darme risa o ganas de apuñalar con un bolígrafo. Alguna que otra vez en mis años como camarera me metí en problemas por mandar a tomar por el culo a alguien con muy buen oído. Pero esos días malos no eran habituales por-

que... aunque había quien opinaba que podía aspirar a más, tenía lo que quería.

El café no era mío, claro está. Era una casi treintañera a quien la crisis pilló recién licenciada. Ni créditos para jóvenes emprendedores ni suerte. Mi generación tuvo más ganas que fe. Más cojones que apoyo. No es una queja; podría haber nacido en otra época bastante peor como... la Edad Media. Así que contando que vivo en una época donde teóricamente todos somos iguales, puedo ponerme lo que me dé la gana, mi padre no elige marido por mí y hay agua corriente..., coño, qué bonita es la vida, ¿no?

A decir verdad, no las tenía todas conmigo cuando entré a trabajar en El café de Alejandría, este pequeño lugar al que dedico horas y vida. Me habían llenado la cabeza de ideas grandilocuentes sobre el futuro y yo pensaba que aquel trabajo era solo de paso. Pero ¿sabes qué asignatura falta en todas las carreras? «Cómo evitar los pedos vaginales en clase de yoga». No, espera, olvídale. Eso no. Bueno, eso sí, pero me refería a «la vida real». Y en la vida real lo importante es estar más a gusto que un arbusto y ser fiel a aquello que te produce felicidad y a mí, qué sorpresa, siempre me hizo feliz «el Alejandría». También ayudó el hecho de que después de licenciarme terminase trabajando en un par de franquicias hasta casi los veintiséis, momento en el que encontré aquel anuncio tan extraño... «Se necesita camarera con experiencia y magia». No recuerdo los años previos al Alejandría con especial emoción, la verdad, no sé si porque mis trabajos anteriores me mostraron negocios sin alma o porque el que no tenía alma era mi ex, con el que estuve desde los veinte hasta..., hasta justo antes de entrar a trabajar en el café. Cambié la decepción de una ruptura poco amable por un trabajo que me haría feliz durante años.

Éramos, en total, ocho en el equipo. Cuatro personas que nos repartíamos el horario de mañana y de tarde de lunes a viernes, tres chicos que cubrían los fines de semana y

el jefe, Lolo, que siempre estaba allí... Creo que vivía en el almacén, porque no sé de dónde cojones salía, pero cuando me tocaba abrir, siempre aparecía como por arte de magia en el sitio más inesperado. Una vez lo encontré dormido en los baños y casi se me aflojó el grifo y me hice pis encima del susto. Hablo en serio cuando digo que creí que vivía allí.

Todos nosotros (dueño con somnolencia incluido) éramos muchas cosas además de camareros. No me refiero solo al hecho de que de vez en cuando nos tocara el papel de psicólogos, que también, pero El café de Alejandría (o «el Alejandría», como lo conoció todo el mundo) nunca fue una cafetería al uso. Tenía aquel rincón de la música, donde teníamos un tocadiscos y algunos vinilos a la venta, poquito y de lo mejor, se empeñaba en decir Lolo. En otra de las esquinas, un salón de lectura con estanterías repletas de libros sobre una pared de ladrillo rojizo a la vista. Allí éramos prescriptores, críticos musicales al estilo de finales de los ochenta, articulistas, tertulianos y curábamos muchas heridas con un buen café. Fuimos especialistas en saber qué necesitaban nuestros parroquianos y lo preparábamos con mimo, una pizca de conversación y ganas de relacionarnos. Y con la botella de Tía María a mano, también. Muchas veces la charla se reducía a literatura: recomendábamos a Miller, a Verne o a Woolf a gente que se empeñaba en leer solamente a Auster, a Murakami o... el *Marca*. O al revés. Mi especialidad eran, por ejemplo, las causas perdidas y defendía con vehemencia lo mismo a las últimas tribus del Amazonas como al pop comercial catalogado de «malo» por una panda de modernos. Los clientes eran personas de confianza y todos escuchaban, opinaban y respetaban los turnos de palabra. Porque... la clientela era otra de las peculiaridades de la cafetería. Todos éramos... especiales. Como si alguien hubiera hecho un *casting*. Una pandilla de tarados, aseguraba Oliver, mi mejor amigo. Así que El café de Alejandría fue un psiquiátrico por horas y un circo con